



LOS HECHOS...

TACO RALO



Orígenes de las FAP, entrevista a Juan Luis “Chancho” Lucero (1)

- Y... aprendíamos sobre la marcha. Un día cuando ya teníamos todo planeado para copar un banco en una población de la Provincia de Buenos Aires, al llegar nos encontramos con las puertas cerradas. Nuestra intención había sido llegar justamente sobre la hora de cierre, pero inconvenientes en el tránsito y demás nos retrasaron unos minutos.

- Con mucha bronca le digo a Cacho (Envar El Kadri), vámonos, ¿no ves que está cerrado?, ¡qué pelotudos que somos! Me miró, y a propósito puso cara de idiota, mientras me sermonó: “Nunca digas que una puerta está cerrada si antes no has golpeado”.

- Me bajé junto con él, de mala gana, y Envar golpea la puerta. Se siente que accionan la llave por dentro, por lo tanto saco la pistola de mi cintura y en el momento que el sereno entreabre la puerta le metí el “bufoso” en la cara, lo que lo convenció automáticamente de la necesidad de franquearnos el paso.

- Les hicimos señas a los compañeros que aguardaban en las inmediaciones y nos llevamos hasta las monedas, sin violencia alguna y con un muy buen trato, hacia el hombre que “nos atendió”, que entre asustado y agradecido no sabía cómo hacer para quedar bien con nosotros.

- El proyecto que teníamos por delante era ambicioso, por lo tanto, recurrimos a Perón en un viaje a Madrid, porque Cacho llevaba la contabilidad y no había plata que alcanzara si pretendíamos tener buenas armas y pertrechos.

- Para dicha entrevista contábamos con el aval de John William Cooke, por lo tanto yo sentía que desbordaba de alegría.

- Envar le dice: “General nosotros vamos a hacer la revolución para Usted, y esperamos contar con su apoyo como ya me lo había prometido”.

- “Ustedes no me consulten, vayan y hagan la revolución donde quieran”- nos contestó Perón.

- Cacho, sin disimular su molestia, le dice: - “Bueno General, entonces la revolución la haremos para nosotros”.

- Perón, sorprendido ante la serenidad y firmeza con que le planteamos las cosas, cambió de tono y nos dice: “bueno, bueno bueno, no se enojen. Yo los voy a apoyar, pero no me pidan plata porque esa la maneja Jorge Antonio y veo un poco difícil que le puedan sacar un peso”.

(1) En Kopaitich, O. *El Chancho*. Inédito.

- *Volvimos un poco desanimados, pero coincidimos que la única manera de conseguir los fondos era seguir con el procedimiento que ya conocíamos”.*

- *Conseguimos armas que estaban guardadas desde la época de la Resistencia. Muchas de ellas nos fueron entregadas por el compañero Pierini, que en el año 74 fue asesinado por Las Tres A (Alianza Anticomunista Argentina).*

- *Otras eran compradas en los remates que hacían las Fuerzas Armadas, cuando recibían partidas nuevas y vendían la usadas.*

- *Muchas de estas armas, las compramos en un destacamento del Ejército en Río Gallegos, eso explica que durante la investigación de lo ocurrido, cayeran presos varios compañeros de*

esa zona, que pertenecían a la Juventud Peronista. Entre otros Jorge Cepernic y Orinaldo Stirnemann.

A este último, lo apodábamos “El Abuelo”. Tenía una enorme aversión hacia los gatos, razón por la cual los torturadores, a sabiendas de ello, lo ataron a la “parilla” y le pusieron un micifús en el pecho, mientras le pasaban la picana al felino. Como verán los métodos que usaban también se iban sofisticando.

- *El operativo inaugural que se hizo para lograr las primeras armas, fue el asalto a la guardia de Campo de Mayo, razón por la cual, cuando nos apresan, vamos a parar a la Brigada de Investigaciones de San Martín, por razones de jurisdicción.*

Los nombres de quienes enfrentaron toda clase de adversidades, sin pedir absolutamente nada, y organizaron Taco Ralo fueron:

- Juan Luis “el Chancho” Lucero (**Solano**) en homenaje a Francisco Solano López. Procedencia: Rosario.
- Néstor Raúl Berdinelli (**Sabino**): Santa Fe (ciudad).
- Amanda Beatriz Peralta (**Negra**): Ituzaingó, Buenos Aires.
- Luis Rojas (**Zupay**): Tucumán. Ex Jefe de Uturuncos.
- Benicio Ulpiano Pérez (**Orangután**): Corrientes.
- Envar El Kadri (**Mariano**): Capital Federal.
- Samuel Leonardo Slutzky (**Doc**): Buenos Aires (Médico). Desaparecido en los años 70.
- Hernán Ceferino Laredo (**Nene**): Corrientes.
- Edgardo Olivera (**Águila**): Santa Cruz.
- Hugo Ernesto Petinatti (**Jajá**): Entre Ríos.
- David José Ramos (**Ficha**): La Plata.
- Arturo Ferré Gadea (**El Cura**): Capital Federal.
- Orlando Rubén Tomás (**Chacho**): Santa Fe.
- Saturnino Danti Aranda (**Titi**): Rosario.

Testimonio de Juan Luis “Chancho” Lucero (2)

- Un camión con acoplado conducido por un “incondicional”, había transportado los pertrechos que fueron descargados por los primeros compañeros que ya nos habíamos instalado en el lugar elegido.
- Apenas llegamos realizamos la compra de un campo de casi 100 has. en las cercanías de Taco Ralo, más cerca del límite con Santiago del Estero que de la ciudad de Tucumán.
- La escritura se hizo a nombre de un tal Sabino producto de un documento robado que tenía Néstor (Berdinelli).
- También compramos unas cuantas mulas, para poder transportar las armas, carpas y otras cosas.
- Nos situamos en el lugar donde el monte era más espeso y desde allí (casi siempre de noche) nos separábamos en grupos y hacíamos un relevamiento del terreno.
- Fuimos repartiendo armas hacia la parte superior del cerro, con la intención de ir replegándonos y disponer de ellas a medida que se presentaran los combates que preveíamos.
- Durante el día, solíamos salir de a dos a contactar gente de la zona (maestros, cañeros, pequeños propietarios, peones) difundiendo nuestro programa entre aquellos que considerábamos más potables.
- En todas las casas (ranchitos) fuimos bien recibidos y a veces pasábamos horas conversando y tomando mates con ellos.
- También en Tucumán capital teníamos apoyo de distintos grupos e intelectuales, como habíamos logrado en Buenos Aires, Córdoba, Rosario, Santa Fe, Río Gallegos y Chaco.
- Apenas llegamos, tuvimos el primer inconveniente. Estábamos sentados con “Titi” Aranda a solas cuando éste se larga a llorar y presa del pánico me dice: -“¡Vámonos!, ¡vámonos “Chancho”! ¡Aquí nos van a matar a todos!”.
- (Luego de una discusión) Por ese día, no volvió sobre el tema y estaba cabizbajo pero tranquilo.
- Al día siguiente, muy temprano, comenzó con una descompostura tremenda. Vomitaba y se revolcaba de dolor.
- Después nos enteramos que durante la noche había ingerido gran cantidad de chocolate, probablemente con el propósito de provocar este cuadro.
- Slutzky lo revisó y diagnosticó un cuadro hepático severo (cálculos vesiculares) agravado por su estado anímico y nos propuso operarlo ahí nomás con el bagaje quirúrgico que traía, más el cuchillo de monte, si era necesario.
- Samuel le inyectó un calmante y entre todos aceptamos que desertara y se volviera a Rosario.
- En muestra de agradecimiento nos dijo que cuando se repusiera volvería con una columna de compañeros de refuerzo. En realidad no le creyó nadie, pero a su vez nos sacamos un estorbo de encima.

(2) En Kopaítich, O. *El Chancho*. Inédito.

- Desde aquí nuestro plan funcionó perfectamente. Hicimos contacto con gente de suma confianza en la ciudad capital de la provincia, sobre todo gracias a Luis Rojas (Zupay), que se las sabía todas.

- Claro, era la tercera vez que participaba de un acontecimiento como este, y además conocía a la gente y la zona como ninguno de nosotros.

- Durante una de esas noches en que salíamos a recorrer el terreno, cambiamos la modalidad y fuimos todos juntos y sin arma alguna.

- De pronto entre las sombras de la noche, vimos movimientos de personas que se trasladaban de un montecito a otro.

- Pensé que se trataba de nuestros compañeros que por grupos se habían separado un poco de nosotros y regresaban.

- Permanecimos unos minutos cuerpo a tierra, entre árboles y pastizales. De pronto Cacho (El Kadri) encendió una linterna. Inmediatamente le dije “¡apagá esa luz salame, no ves que son los nuestros!”.

- Y es en ese preciso instante que una voz atronadora nos gritó: “¡No se mueva nadie carajo, o los matamos a todos!”

- Mi reacción fue instantánea, “¡Qué quietos ni qué la mierda!”, grité, y me levanté como un resorte. Comencé a correr haciendo zig zag. Las balas me pasaban por todos lados, algunas rebotaban en las piedras generando ese silbido característico y otras me hicieron zumar los oídos.

- A poca distancia vi caer a un compañero, pensé que le habían dado, pero no, sólo se había tropezado mientras trataba de acercarse a mí.

- Los milicos rodearon al resto completo del grupo. Los que alcanzamos a escapar fuimos Benicio Pérez, Petinatti, Tomás y yo.

- Custodiando el campamento siempre quedaba un compañero, que en este caso fue David (Ramos). Luego nos enteramos que fue el primero en caer detenido.

- En nuestra huída pasamos por un ranchito y en las cercanías encontramos tirada en el suelo una campanilla que suelen colgarle a los animales, un cencerro de bronce. Inconscientemente me la guardé en el bolsillo y seguimos corriendo.

- Caminábamos borrando las huellas y los enloquecíamos con astucia. A veces retrocedíamos y luego volvíamos a tomar el mismo sentido borrando las pisadas.

- Llegamos hasta la ruta y vimos que del otro lado había un monte muy cerrado, pero para cruzar el camino sin ser vistos, debíamos hacerlo por una alcantarilla bastante pequeña.

- Le dije al “Orangután”: “pasá vos primero que si lo lográs, pasamos todos”.

- “¡Lindo momento para hacer chistes boludos!”- dijo el “gordo!”, pero se largó a pasar y nosotros lo seguimos.

Homenaje a Benicio Ulpiano Pérez “El Orangután”

Fotografía tomada quince días antes de su muerte en el año 2000.



- Cuando nos estamos por asomar del otro lado, un jeep de la cana se paró sobre la ruta justo encima de donde nos encontrábamos.

- En ese preciso instante, en el silencio de la noche, alguno de nosotros pisó una rama seca. El ruido alertó a los policías. Uno de ellos dijo: - “estos hijos de puta están en el montecito ese”, mientras el otro le contestaba: -“pero yo allí no me meto ni en pedo”.

- Nosotros escuchábamos todo lo que ellos hablaban y a mí se me ocurrió hacer ruido con el cencerro que me había traído.

- “¿Ves que no están ahí?, esa es una yegua madrina que anda por el montecito”- le comenta uno al otro.

- “Sí, me parece que sí. Volvamos a ver que dice el comisario”.

- En realidad, tenían un “cagazo” bárbaro y no sabían qué hacer.

- Cuando se fueron, nosotros nos metimos en ese montecito y allí permanecimos acostados sobre la maraña, recuperando un poco las fuerzas y el aliento.

- Mucho no nos duró la tranquilidad, porque aparecieron dos helicópteros con reflectores

muy potentes que nos buscaban por cada rincón.

- Cuando se fueron comenzamos a caminar, escondiéndonos permanentemente en esos bosquecillos que nos servían de refugio, hasta que el peor enemigo de quien se encuentra en esa situación comenzó a aparecer: la sed.

- Nos arrastramos hasta un bebedero de animales y cuando estábamos tomando esa agua verde llena de musgos, nos dimos cuenta que los moradores del ranchito que estaba en las inmediaciones, nos habían visto, justo al momento que una patrulla de milicos se acercaba a ellos y les preguntaban (seguramente) si nos habían visto. Con una emoción indescriptible, vimos que les hacían señas para otro lado.

- Caminábamos en dirección a Taco Ralo, y cuando íbamos llegando propuse a Petinatti y Tomás, que se quedaran ocultos, mientras con Benicio tratábamos de encontrar un almacén o algo que nos permitiera comprar alimentos y bebida.

- Ya instalados en el primer boliche que encontramos y mientras el dueño nos preparaba una picada y hacía algunos paquetes con provisiones para los compañeros que esperaban, apareció la policía que

apuntándonos con armas largas, nos exigió la rendición.

- Ni lerdos, ni perezosos les sugerimos que nos permitieran simular una fuga, pero tenían mucho miedo y no se animaron.

- A las pocas horas de estar presos en el destacamento de Taco Ralo, aparecen Tomás y Petinatti que habían sido apresados mientras caminaban hacia el pueblo. Se cansaron de esperarnos y agotados y hambrientos se largaron a caminar por la ruta.

- Durante la noche, la señora del Comisario nos hizo un arroz con salsa, (casi nos comemos hasta los platos) mientras nos trataba con una deferencia inentendible, si no fuera porque nos dijo que ella y su marido también eran peronistas, casi con un susurro.

- Pero a la mañana siguiente, casi de madrugada, llegaron una caravana de móviles de la Policía de la ciudad de Tucumán, encabezada por el feroz Comisario Tamagnini; famoso por torturador y asesino.

- Años después fue ajusticiado y se pretendió endilgarme la responsabilidad de su muerte. En realidad yo no tuve nada que ver pues quien había realizado tal operativo había sido el ERP.

- Estábamos recostados sobre los camastros de las celdas y me despertaron con una feroz patada en el tórax del lado izquierdo, que me dejó sin aliento. Inmediatamente y a los gritos dio la orden que nos llevaran hasta los patrulleros.

- Se había amontonado mucha gente frente al destacamento y yo que fui el primero en subir a uno de los coches, les grité a voz en cuello: “¡Compañeros tucumanos... Viva Perón... Viva la Patria!”

- “¡Viva!”... ¡“viva!””, se escuchó de varios que se animaron.

- Ya en la Jefatura tucumana la cosa fue muy diferente. Nos torturaron a mansalva y quien más “cobró” fui yo, porque siendo rosarino, era imposible que no conociera a Danti Aranda, cuyo nombre figuraba en un pequeño diario de campaña que le habían secuestrado a Cacho El Kadri, y una mochila con el nombre de él y un agregado que decía “Rosario”.

- Inmediatamente de alojados en Tucumán, cayeron alrededor de treinta Boinas Verdes, que tenían un destacamento secreto en Mendoza y se llegaron hasta donde estábamos presos para investigar y asesorar sobre las más modernas técnicas de torturas, para “hacernos el tratamiento”.

- Hacía ya unos veinte días aproximadamente que estábamos presos, cuando recibimos la visita de mi hermano Oscar y del Doctor Zanella. No pudimos verlos porque estábamos incomunicados, aunque entre las novedades que nos traían figuraba la muerte de John William Cooke. Esto me hizo más daño que toda la tortura junta. Murió el mismo día que caíamos presos en Taco Ralo, el 19 de setiembre de 1968”.